

Para la Vigilia de Navidad



Está acabando el tiempo de Adviento, tiempo de espera gozosa de alguien que ya viene, que se acerca, que nos visita. Y cuando esperamos a alguien a quien queremos, nos preparamos a nosotros mismos, preparamos nuestra casa y el ambiente se hace grato, ansioso y alegre.

Esta noche, reunidos en comunidad de hermanos, queremos juntos esperar, contemplar, aguardar y celebrar anticipadamente al que se acerca, al que ya viene. Al que mañana estará con nosotros, entre nosotros y en nosotros.

“Aguardad con paciencia hasta la manifestación del Señor, Ved cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra. Lo va aguardado pacientemente hasta que la tierra reciba las lluvias tempranas y las tardías. Aguardad también vosotros con toda paciencia, fortaleced vuestros corazones porque la manifestación del Señor está cerca. Mirad que el Juez está a las puertas” nos dice el apóstol Santiago en el capítulo 5, 7-8

“Ya viene el Señor, mañana veremos su gloria”. Este anuncio va envuelto en melodías sencillas, en villancicos cuajados de ternura y simplicidad. A través de ellos, se van asomando, junto a los paisajes agrestes y campesinos de nuestra tierra, las figuras entrañables del Niño Dios, de José, la Virgen, el buey, la mula, el gallo, las estrellas y los ángeles traviesos que asustan con sus cantos a los rudos pastores de Belén.



Mañana la Iglesia nos dirá : “Nos ha nacido un Niño, un Salvador : el Mesías, el Señor”. Y nosotros preguntaremos asombrados ¿Un Niño?. Sí, un niño indefenso, frágil, débil. Un niño que llora, que sonríe, que tiembla de frío, de hambre, un niño que duerme, que hace pucheros, que descansa.

Asomó como un pequeño ser anónimo, sin importancia alguna, pero cuyo nacimiento, sin embargo, fue celebrado con revoloteo de ángeles y cantos en el cielo y puso en movimiento a tres ricos sabios del oriente que buscaban a un Dios verdadero para postrarse humildes a sus pies.

El Señor de cielos y tierra, nace lejos de las grandes ciudades de su tiempo, de las ricas casas y palacios imperiales, lejos de los césares, de los reyes, de los príncipes. Nace en las peores circunstancias en que puede nacer un ser humano : en un establo de animales, sucio y nauseabundo.

Del amor de Dios al hombre, de las nupcias entre el cielo y la tierra nació el rocío y la vida del Niño Dios. Del frondoso árbol de generaciones y generaciones mantenidas por Dios en la esperanza, brota el retoño de Jesús, primogénito de una humanidad nueva.

“Helo aquí, inserto entre nosotros”. El que por siglos había sido esperado ya está instalado en la tierra. Es de verdad uno de los nuestros, es de nuestra raza y nosotros de la suya.



Con su nacimiento Jesús divide la historia en un antes y un después. Antes de Cristo todo fue promesa, esperanza, profecía. “¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?” le decían a Jesús sus contemporáneos, aquellos que lo vieron, lo escucharon, lo tocaron.

Es que al Mesías, al Salvador, cuesta verlo y reconocerlo en ese hijo del pueblo, hijo de un simple artesano de Nazaret. Cuesta reconocer al Rey del universo, el que no tuvo ni siquiera lo más mínimo indispensable que toda familia desea para el nacimiento de un hijo : un techo y una cuna. Para José y María no hubo lugar en la posada, no son figuras ilustres, nos son personajes famosos.

Unas cuantas pajas será la primera cuna del recién nacido, y personas del último peldaño de la escala social, las primeras visitas que lo fueron a conocer.

UN DIOS QUE VIENE hace poco más de 2000 años.



Pero sobretodo un **DIOS QUE VIENE HOY**. Que sigue empeñado porfiadamente en acompañar a este mundo loco que no lo desea, que lo ignora, que lo evita. Un Dios que insiste en poner su tienda entre los hombres, en querer ser nuestro vecino, nuestro pariente, nuestro coterráneo. Un Dios que, como es paciente a toda prueba, continúa empeñado en venir a alentar la llamita de luz que apenas humea en nuestros corazones, a enderezar las cañas rotas, a curar las heridas y los desgarros de nuestras pobres vidas, a fortalecer a los débiles, a ser pan para los hambrientos y consuelo de los que lloran, a ser remedio para los enfermos y esperanza para los que no tienen esperanza.

Dios que nos conoce bien, que lo sabe todo, “que sabe cuando nos levantamos y cuando nos acostamos, que antes que salgan nuestros pensamientos de nuestra boca, El ya la conoce toda” como dice el salmista, sabe que sin El nada podemos hacer. Lejos de su presencia, sin su compañía, nos extraviamos, nos hundimos, nos caemos, nos dispersamos.

Su segunda venida es constante, es un acontecimiento de permanente actualidad en la historia de nuestra iglesia y en la vida íntima de las almas nuestras. Jesús está naciendo siempre entre nosotros.

La TERCERA VENIDA clausurará los tiempos e inaugurará la eternidad. No vendrá a redimir como lo hizo en su primera venida, ni a santificar como lo hace permanentemente con nosotros, sino a juzgar para que reine la verdad y la justicia, para que prevalezca la santidad y se establezca la paz y reine por fin el amor.

Por eso, esta noche, anticipo de la más hermosa noche que se haya dado en la tierra, queremos invitar al Señor a que apronte, prepare y aliste nuestros corazones para su venida, para cuando llegue de visita. Sabemos que en esta época del año con sus carreras, ajetreos, compras, finalizaciones y cierres del año escolar y laboral, se nos puebla la mente de preocupaciones y no dejamos los suficientes espacios de silencio y soledad para conectarnos con la altura, a través de la oración, del compartir, de la renuncia, de la penitencia.



Pidámosle al Señor que venga sobre todos nosotros, nuestras familias, parientes, comunidades, amigos, pastores, y autoridades civiles, pero sobre todo pidámosle que venga sobre aquellos que lo rechazan, que no lo quieren, que no lo acogen, que no lo aceptan.

También por las personas que están cerca y por los que están lejos, por las que siempre recordamos y a los que olvidamos a menudo, por los que sin querer herimos, y los que sin querer nos hirieron, por los que conocemos profundamente y por aquellos que poco conocemos, por los que nos enseñaron y los que, tal vez, un poquito aprendieron de nosotros.

Pidámosle paz, serenidad sosiego y alegría para esta Navidad que está a las puertas. Todo, a través de su madre que peregrina con nosotros y nos ama. Ella, que también hizo camino entre los hombres, no se alteró, ni se agobió con los cambios y vaivenes por los que pasó durante los últimos días de embarazo, el viaje sorpresivo a Belén, las dificultades y trámites del camino. Y luego, después de haber cumplido con sus deberes de ciudadana, tampoco se alteró con la indiferencia de quienes no quisieron darle albergue, ni con los inconvenientes del parto y tantas otras penurias que tuvo que padecer.

El está ya muy cerca. Que todos se enteren de la buena Noticia: mañana nos nace el Salvador, mañana contemplaremos su esplendor. Mañana estará con nosotros la Salvación.

Salgamos todos a recibirlo: Al Señor, al príncipe de la paz, al rey de la Gloria, al Mesías, a nuestro Dios. Amén



ElianaAraneda de Palet